XII

LA MARQUESA DE BRANCIFORTE

Cuando se supo en México que había sido nombrado Virrey de la Nueva España, el Excmo. señor don Miguel de la Grua Talamanca y Branciforte, Marqués de Branciforte, se despertó grandemente el interés de la Sociedad de la Colonia, por estar casado dicho personaje con una hermana del verdadero señor de las Españas, don Manuel de Godoy, Príncipe de la Paz, valido del pusilánime Carlos IV. Era, en efecto, la Marquesa de Branciforte señora de muchas campanillas, dama de honor de la Reina y de la Banda de María Luisa; y, cuando el Virrey hizo su entrada pública a la Ciudad de México, las esposas de los Oidores, queriendo honrarla de especial manera, se reunieron en los corredores de Palacio para recibirla.

Branciforte demostró, desde un principio, que su único afán era enriquecerse, y no desdeñó en apelar a adulaciones al monarca y a otros medios ruines para conseguir su objeto, en los cuales, se dice, tomó no pequeña parte su esposa doña María Antonia de Godoy y Alvarez, quien, prendada de las perlas que resplandecían sobre los pechos y brazos de las grandes damas de la corte virreinal, ideó una manera de engañar a las sencillas mexicanas en provecho propio. Como notaran los Virreyes que lo que hacía la Branciforte era en seguida copiado por las damas de la colonia, convidaron en cierta ocasión a palacio a toda la aristocracia de entonces y cuál no sería la sorpresa de ésta, al notar que la Virreina no ostentaba ni una sola perla, si no magnífico aderezo de corales. Mayor fué el asombro de la concurrencia al oír de los autorizados labios de los Virreyes, que las perlas ya no estaban de moda, sino únicamente los corales. En los días siguientes, las poseedoras de perlas despojáronse de ellas a vil precio, y compráronse corales, mientras que los Branciforte, de tras mano, efectuaban una verdadera pesca milagrosa.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que su mismo afán de adular a Carlos IV fué causa de que Branciforte dotara a México con una obra de arte única en toda la América, y con pocas superiores en Europa. Nos referimos a la estatua ecuestre de dicho monarca erigida en la plaza principal de México, provisionalmente de madera, pero luego fundida en bronce por el insigne don Manuel Tolsá. Las fiestas con que se celebró la inauguración de esta estatua han sido descritas

por varias plumas, y no tenemos por qué repetirlas; bástenos recordar que en ese acto doña Antonia de Godoy y su marido arrojaron, desde el balcón de Palacio, tres mil medallas de plata y bronce, motivo poderoso para captarse, aunque por breve espacio de tiempo, las simpatías del pueblo.

El día 9 de agosto de 1794 dió a luz la Virreina una niña, y se preparó su bautismo como correspondía a tan encumbrado infante. Al día siguiente acudió muy lucida comitiva al Sagrario, en donde esperábala el Arzobispo, don Alonso Núñez de Haro y Peralta, revestido de Pontifical. Limitóse la ceremonia a echar a la niña el agua, reservándose la imposición del óleo y crisma para cuando regresasen los Marqueses a España, por haberles prometido el Rey apadrinar a su hija. Aquí hizo sus veces el Conde de Contramina, don Francisco Pérez de Soñanes, Caballero de Santiago, Teniente Coronel de Milicias Provinciales de Tetela e íntimo amigo de Branciforte; y pusiéronse a la recien nacida los siguientes nombres: **María, Carlota, Luisa, Guadalupe, Carmen, Manuela, Francisca de Paula, Antonia, Micaela, Lucrecia, Josefa, Patricia, Justa, Lorenza, Angela, Romana.**

En seguida se le impuso la Banda de la Orden

de María Luisa, que esta Reina había prometido a su Dama de honor, si daba a luz una hembra, ¡cosa que no se hacía más que con los hijos de Reyes!

Las singulares pruebas de afecto, que tanto en México como en España recibieron los Branciforte de Carlos IV y María Luisa, no impidieron que, andando el tiempo, volteasen la casaca y se afiliaran al partido de José Bonaparte.

Don Miguel José de Azanza, sucesor de Branciforte, casó con su prima doña María Josefa Alegría, viuda de don Francisco Pérez de Soñanes, Conde de Contramina, en el Palacio Arzobispal de Tacubaya, el 22 de abril de 1800, pero como ya había dejado el gobierno, dicha señora no puede considerarse como Virreina. Al día siguiente de su boda, salieron para San Cristóbal Ecatepec y embarcáronse en Veracruz, en mayo.

Don Félix Berenguer de Marquina fué soltero.

XIII

DOÑA INES DE JAUREGUI

La Virreina que más ha sufrido a manos de los historiadores ha sido, sin duda, doña María

Inés de Jáuregui y Aróstegui, esposa de don José de Iturrigaray; a tal grado se han exaltado las pasiones con los sucesos políticos, que en la época de este Virrey se desarrollaron.

Cuando, en 4 de enero de 1803, llegaron a a Guadalupe los nuevos gobernantes, "la concurrencia —dice Bustamante— se retiró complacida con el trato afable y popular de la Virreina, señora de regular figura y de un comportamiento airoso y galán." Su esposo, por su parte, era "caballeroso, muy afecto a las diversiones y fiestas públicas y muy digno en todo, menos en los negocios en que se versaba dinero," según don Francisco Sosa, quien asegura que doña Inés "ayudaba a Iturrigaray en sus especulaciones y que todos los que pretendían colocación, favor o el arreglo de cualquier negocio, a ella acudían," siendo "agente muy activo y eficaz para estos indignos manejos una dama llamada doña Joaquina Arangúren, nativa de Navarra, que siempre estaba al lado de la Virreina."

Apenas tomara posesión del Virreinato, Iturrigaray demostró su afición a las diversiones públicas, como eran las corridas de toros y peleas de gallos, y el 21 de febrero sucedió un acontecimiento memorable. Fué el caso que, estando la plaza de El Volador henchida de gente para presenciar la corrida de toros que iba a empezar, en el acto de partir la plaza los Granaderos de Comercio, sobrevino un eclipse de sol que llenó de pavor a los doce mil espectadores allí reunidos. Cuando apareció de nuevo el astro del día, fué tal el contento de todos, que empezaron a aplaudirlo frenéticamente, mientras la música tocaba diana.

Débese a estos Virreyes la introducción en México de la vacuna. Poco después de que ésta se descubriera en Inglaterra, Iturrigaray la hizo traer de La Habana para propagarla, y la Virreina consintió en que el primer experimento se hiciese en su hijo Vicente, de veintiún meses de edad.

Como era la primera dama de la Colonia, no fué extraño que fuera asíduamente cortejada y que contrajera íntima amistad con las principales señoras de la aristocracia; pero, con ninguna más que con la segunda Condesa de Regla, posteriormente Marquesa de Villahermosa de Alfaro. Casi no pasaba día sin que se viesen, llegando su intimidad a grado tal, que se prestaban mútuamente alhajas y hasta prendas de vestir.

Todos se disputaban el honor de obsequiarla, y en 1805, se escogió su cumpleaños, 21 de enero,

para inaugurar las nuevas obras de aguas recogidas en Coajimalpa.

A pesar de todo, la maledicencia quiso mancillar la honra de doña Inés de Jáuregui, haciendo correr la versión de que tenía relaciones con don Ignacio Obregón, apuesto caballero, deudo cercano del Conde de Valenciana, Coronel del Regimiento de Dragones de Nueva Galicia, quien, según Alamán, gastó grandes sumas en su obsequio; pero, como dice muy bien don Genaro García, siendo la Virreina de cincuenta años de edad, poco más o menos, el afecto que Obregón le profesaba debe haber sido sobremanera respetuoso, casi filial.

Entre los sucesos, reales o fingidos, que precedieron la prisión de Iturrigaray en 1808, no debemos olvidar que se decía con insistencia que éste intentaba proclamarse Rey de México, con el título de José I, y que la Virreina admitía de sus domésticos el tratamiento de Majestad, especies que se propalaron tan rápidamente, que hasta se dijo que el célebre artífice Rodríguez Alconedo estaba labrando la corona para el nuevo monarca. ¡Asegurábase, además, que sus hijas pretendían tomar los títulos de Princesas de Texcoco y de Tacubaya!

Absurdas como eran estas especies, se toma-

ron como pretexto, entre otras, por el partido europeo, para fraguar la conspiración en contra de Iturrigaray. En la noche del 15 de septiembre, concurrió con su esposa al teatro, y al terminar la función, retiróse a palacio y se recogió sosegadamente "sin hacer el menor aprecio del aviso que le dió doña Inés, de que notaba desde el balcón una reunión considerable de gente". Después de la media noche, se introdujeron en Palacio los conjurados y mientras unos aprehendieron al Virrey, otros rompían la puerta de la alcoba de doña Inés, quien huyó espantada y semidesnuda a refugiarse en su tocador con su hija Pilar, de trece años de edad, y Vicente, niño aún. Arrojáronse los asaltantes sobre el lecho de la dama, desgarraron las sábanas con los tacones de sus botas e hicieron pedazos el dosel con los cañones de sus fusiles, todo en medio de las bromas más insolentes. En cuanto pudo, se presentó la Virreina en la alcoba de su marido, y al verlo, exclamó entre sollozos:

—¡Gracias a Dios que te veo, pues creía no encontrarte con vida, lo mismo que a mis hijos!

Permanecieron los Virreyes y sus hijos, custodiados por centinelas, hasta las tres de la mañana, hora en que fueron sacados de Palacio por los conjurados, y llevados, Iturrigaray y los dos ma-

yores a la Inquisición, y doña Inés, con Pilar y Vicente, en la silla de manos del Arzobispo, al cercano convento de San Bernardo, yendo la Virreina "tan afligida y consternada que al corazón más duro movía a compasión y lástima".

Se quedó doña Inés con las bernardas hasta el 6 de octubre siguiente, en que salió de México para Veracruz, escoltada por cincuenta dragones, y acompañada por el Capitán de Artillería don Manuel Gil de la Torre y don José Ignacio Uricena, Oficial de Voluntarios, quienes la trataron durante el viaje con toda la atención y cortesía debidas a su sexo y al alto puesto que ocupara. Reunida en San Juan de Ulúa con su marido e hijos mayores, que habían sido conducidos allí el 21 de septiembre, embarcáronse en el navío "San Justo", que zarpó para Cádiz el 6 de diciembre.

En aquel puerto permaneció doña Inés algunos años, mientras seguía la causa de infidencia formada al Virrey depuesto; y no debió ser muy halagüeña su situación, puesto que de ella se queja constantemente en sus cartas a la Marquesa de Villahermosa, al grado que ésta, en varias ocasiones, la ayudó con sumas de dinero.

Cuando se sobreseyó la causa de infidencia de Iturrigaray, siguió la de residencia y condenósele,

a la postre, al pago de fuertes sumas; pero, como falleció el acusado en Madrid, a 3 de noviembre de 1815, doña Inés se trasladó a México con su familia, para solicitar que no se diese cumplimiento a la sentencia, para lo cual hizo valer los méritos que Iturrigaray había contraído, por haber sido el primer autor y promovedor de la independencia.

Radicóse la ex Virreina en Tacubaya, en donde llevó una vida bastante modesta y retirada, hasta su muerte acaecida en 24 de junio de 1836, a los 77 años de edad; y fué sepultada en la Parroquia, en la Capilla del Santísimo Sacramento, en donde hasta hace poco se veía su tumba.

La esposa de don Pedro Garibay fué doña Francisca Javiera Echegaray, prima hermana de Clavigero, según Beristáin; la de don Félix Calleja, doña Francisca de la Gándara; y la del Conde del Venadito, doña María Rosa Gastón, según Bustamante "un modelo de virtud", quien después del ataque de los insurgentes en la Hacienda de Virreyes, trató a los prisioneros de éstos "con una caridad cristiana, pues a los heridos les asistió y curó personalmente en la Venta de Ojo de Agua que estaba inmediata, preguntándoles con una sencillez angelical por qué habían obrado de aquel modo, pues su marido ni su fa-

milia venían a hacerles mal ninguno, sino a mirarlos como a hijos".

El último Virrey, don Juan O'Donojú estuvo casado con doña Josefa Sánchez Barriga.

La esposa de Iturrigaray fué la última Virreina que brilló en todo su esplendor en la Ciudad de México, pues sus sucesoras pasaron desapercibidas, debido indudablemente a la época de continua lucha que se entabló con los insurgentes, y que culminó en la consumación de la Independencia en 1821. Puede decirse, por lo tanto, que con doña Inés de Jáuregui dió fin la serie de grandes damas que inscribieron sus nombres en la historia, como Virreinas de la Nueva España.

PROCESIONES Y PASEOS